

ESCRIPTORROURES

Paco Robles

Un buen día, un niño de los más mayores de La Ginesta, me dijo que quería volver a los encuentros de escritura que hacíamos el curso pasado. Estos encuentros estaban dirigidos a cuatro niños a los que veíamos con un rechazo demasiado antiguo hacia la escritura. Directamente, les había planteado que creía que necesitaban mejorar este aspecto absolutamente necesario y que, si querían, les podía acompañar en esto, encontrándonos para escribir a partir de propuestas concretas. En aquel momento, la respuesta fue un claro sí en todos ellos. Sé que sabían que necesitaban ayuda para resolver su resistencia y nos pusimos a ello en un ambiente muy grato.

Cuando este curso uno de esos niños me pidió continuar con el encuentro de escritura yo no veía la misma necesidad; los cuatro habían mejorado bastante, sobre todo habían conseguido plantearse la conveniencia de escribir. Sin embargo, me pareció que estaban pidiendo un acompañamiento para seguir mejorando su escritura en un contexto creativo y cómplice con un adulto. De esa demanda personal pasamos a invitar a los otros niños que formaban el grupo del curso pasado, que aceptaron muy decididos. La realidad es que el ambiente era tan agradable y centrado la mayoría de los días que siempre había algunos niños más alrededor observando, interesándose por lo que hacíamos. Algunos más fueron pidiendo entrar en el grupo de esos escriptorroures que, dos veces por semana, escribían y escribían historias con cualquier pretexto. Llegamos a ser doce, aunque no siempre todos eran fieles a nuestra cita.

He de decir que me apasiona escribir y leer, y hubiera dado uno de mis tesoros por estar en la piel de alguno de ellos y poder dedicarme a inventar historias partiendo de cualquier atrevida propuesta. No era extraño cruzarme con alguna expresión de sorpresa ante mi entusiasmada exposición, y desde luego reconocía la satisfacción de todos ellos cuando me daban a leer sus escritos. Ellos podían estar más o menos contentos con el resultado, pero para mí siempre suponía un privilegio: recibir un fruto maravilloso que me daban a probar. El fruto de la concentración y dedicación de cada uno de ellos con su peculiar manera de abordar esa situación: las miradas de uno al techo buscando una de esas ideas que flotan perdidas en el aire de toda habitación; el esfuerzo de otro por domar un lápiz que no acaba de responder a la intención y llena de vida un papel con letras desiguales o líneas en galopante pendiente; la increíble facilidad de algunos por simultanear la charla con el vecino y la coherencia de la historia; la rapidez y la lentitud de los ritmos individuales en la creación; los momentos de inspiración y de vacío, de pereza y de superación, de dispersión y de absoluta atención.

La revista entró en juego y muchos de ellos dedicaron parte de sus ganas o disposición para escribir a preparar el material que había de conformar la revista: algunos aportaron escritos ya hechos, otros acabaron o pasaron a limpio los que estaban a medias, algunos otros escribieron expresamente pensando en la revista. El caso es que los escriptorroures se fueron dispersando, llamados por la seductora tentación de publicar en la prestigiosa revista *Día a día en El Roure*.